

Artículo escrito por **ELISA SOLÁ Y BUENAVENTURA SOLÁ, C. M.**
(Butlletí Informatiu Provincial, nº 230, junio-septiembre 2012)

El P. Ángel Solá, nació el 16 de febrero de 1934 en Altorricón, Provincia de Huesca, en el seno de una familia humilde y muy católica, dedicada a la agricultura. Fue el quinto hijo de un total de nueve hermanos.

A los once años ingresó en la Escuela Apostólica que los Padres Paúles tenían en Bellpuig (Lleida). Allí se encontró con su hermano José María, el cual ya hacía dos años que estaba estudiando en este lugar.

A los trece años, por motivos de salud, volvió a casa con la familia, con el fin de reponerse. Pero, dos años más tarde, volvió a la Escuela Apostólica para seguir su formación hacia el sacerdocio. Lo aceptaron en segundo curso, por motivo de los dos años ya estudiados. Durante el tiempo de convalecencia que pasó en su casa, se conquistó a su hermano Buenaventura, que se fue con él al seminario.

Pasado el tiempo de la "Apostólica", ingresó al Seminario Interno en L'Espluga de Francolí (Tarragona). Después cursó satisfactoriamente los estudios de filosofía y teología.

El día 28 de junio de 1962 fue ordenado sacerdote por el Obispo de Lleida. Su primera misa fue el día 29 del mismo mes y año, a la que asistieron sus padres.

Sus destinos fueron Lleida, Reus, Mallorca, Honduras, otra vez en Reus y por último en Figueres.

Destacó su intensa vida espiritual, su profunda formación humana y religiosa. Participó en muchas Misiones Populares, la primera con el P. Miguel Piquer en Mollerusa. Su predicación era atractiva, clara y convincente. Participó también en la Misión Diocesana en San Pedro Sula en 1991, junto con sus hermanos Ramón y Buenaventura, donde misionó en la Parroquia San Vicente y después en varias localidades.

Su deseo constante de aprender le llevó a estudiar durante un tiempo la religión pro-testante, a fin de tener conocimientos más profundos sobre ella.

Era, sin duda, una persona inteligente, y siempre tenía una respuesta de fe y de sabiduría ante cualquier duda que se le plantease, sobre la vida con sus problemas, o bien sobre la fe con todo lo que ello comporta.

Se interesaba por las personas, conociendo las dificultades que cada uno de ellas tenía, y sabía siempre dar un consejo oportuno. Durante el tiempo que permaneció en Reus, se ponía en contacto con los agricultores para que le dejaran coger de sus fincas las frutas y verduras que, si bien estaban en condiciones, no eran aptas para su venta. Él mismo iba a los campos a recogerlas y con el coche lo llevaba a

la Parroquia y las repartía a distintas familias necesitadas, esto le reportó gran cariño entre los vecinos que lo veían como un Padre bueno. Él mismo nos contaba que cuando tenía oportunidad ayudaba a los pobres con donativos de su propio bolsillo.

Como misionero desarrolló muchos apostolados, pero sin duda uno de los más queridos para él fue el Camino Neocatecumenal en Reus y en Palma.

Cuando llegaba a un nuevo destino, se interesaba por conocerlo todo: arte, cultura, costumbres y por la vida de todos sus conciudadanos, feligreses o no, e intentaba relacionarse con todos ellos.

Destacó siempre su sentido del humor enfocando los sucesos y dificultades con alegría, incluso haciendo chistes improvisados o recordando otros, principalmente los de aragoneses, a los que los imitaba estupendamente. De manera especial brilló en su viaje a Turquía con ocasión de visitar los lugares en donde estuvo San Pablo, divirtiendo a los compañeros del autobús y haciéndoles más agradables sus horas...

Aparte de reconocer su gran memoria, destaca su actitud de servicio a los demás intentando que vivieran con alegría y buen humor e intentaba acercar a Dios a aquellos que se habían alejado poco o mucho. Como detalle he de recordar que, hace un año, me pidió que buscara la letra de algunos cantos populares, como habaneras, para poder enseñarlos y cantarlos con los ancianos del asilo de Figueres.

Estuvo hospitalizado en Reus, para colocación de marcapasos. Posteriormente sufrió una neumonía y fue trasladado a Barcelona para su recuperación. En estas ocasiones, y siempre que ha estado enfermo, se ha dejado cuidar con gran sencillez (higiene, alimentación, medicinas, etc.).

Hace unos cinco años fue destinado a Figueres, lo que aceptó con total disponibilidad y sin poner ningún inconveniente. En Figueres ha entregado toda su energía física y sus vivencias en la fe, para ayudar a las personas que ha ido encontrando en su camino, de manera especial a los residentes del Asilo Vilallonga y a los feligreses que visitaban la capilla, o a los feligreses de las parroquias donde colaboraba; todo ello, con la sencillez que siempre le ha caracterizado.

Algo que yo, Buenaventura, admiré en él fue que se me abría con una sinceridad total, hasta comunicarme los errores que cometía en su vida..., errores que eran reconocidos con espíritu de fe y confianza en Dios, y que le ayudaban a humillarse y a respetar las debilidades del prójimo.

Siempre ha sido un amigo incondicional, un acertado consejero para la familia, un soporte espiritual para quien le confiaba sus angustias. Fue la admiración de la familia presidiendo el funeral de nuestro hermano mayor Juan hace un año. Su última enfermedad, como cualquier otra, no pudo cambiar su manera de ser como persona, dejándose cuidar y obedeciendo como siempre acostumbró. Su lesión cerebral y su impotencia ante el mal, han acentuado su actitud de interiorización espiritual. Lo

expresaba son sencillez cuando dijo: “¡Lo que me ha cambiado la vida en año y medio!”. Sentía la ansiedad que le provocaba encontrarse cada día peor, con menos fuerzas, teniendo limitado el espacio físico y no poder realizar las actividades de siempre, tanto humanas como ministeriales.

Hace tres meses le dijo a Buenaventura: “Me quedan pocos días”; y ante la pregunta de si le daba miedo la muerte respondió: “Absolutamente no, pues me he entregado a la misericordia del Padre”.